



# Argüelles en el año de Ibsen

**BERTA HIRIART**

**C**omo a muchos colegas, Hugo Argüelles me dejó la huella de sus enseñanzas. Podría tomar varias puntas del hilo de la memoria para conectarme con mis tiempos de estudiante en la escuela de la SOGEM, hace ya dieciséis años. No sólo no me perdí una sola lección del maestro sino que lo seguí hasta su casa, donde vestido con una elegante bata, desmenuzaba las obras en proceso de la veintena de alumnos entre los que felizmente me encontraba.

Las viñetas que acuden a mi mente tratan distintos aspectos del dramaturgo y maestro más pintoresco que he conocido. Recuerdo que una vez en que me iba de viaje, le pregunté si tenía algún antojo. Sí –respondió–, un disco de Marlene. Y, por supuesto, lo tuvo a mi regreso. Sus deseos eran órdenes, no por la imagen de autoridad con la que jugaba sino porque su generosidad despertaba el impulso de corresponderle de alguna manera.

Me parece verlo ahora mismo. Diserta sobre Ibsen, y no es extraño que elija *Espectros*. Los tonos oscuros lo llaman tanto como al genio noruego, aunque –se sabe– Argüelles se inclina a abordarlos desde el humor, a la mexicana.

Por ahora, sin embargo, no oculta el placer que le provoca analizar una obra ibseniana frente a un salón atiborrado de aprendices. Teatral, como era él en todos los campos de su vida, habla despacio, marca una que otra pausa en el momento justo, regala una sonrisa, golpea con una frase contundente: “La premisa de *Espectros* es clara: La corrupción pudre todo lo que toca”.

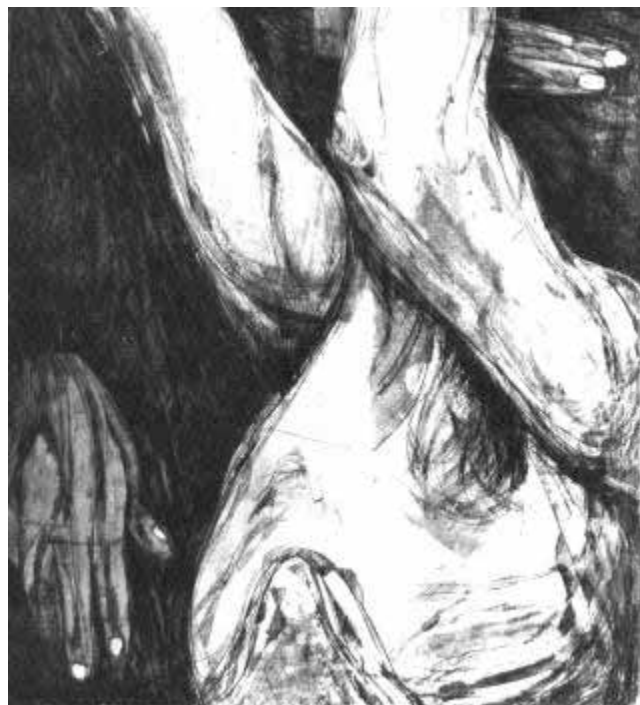
Para nosotros, que apenas comprendemos lo que es una premisa, la cuestión no resulta tan evidente. Sin embargo, al escuchar la explicación del maestro, aparece la sólida estructura que sostiene la pieza y, de súbito, como quien enfoca un estograma de una nueva manera, ahí están la premisa y la línea de acción dramática que lleva a los personajes hacia el infortunado desenlace.

Hay que ver cómo interpreta Argüelles las situaciones de *Espectros* utilizando sus herramientas preferidas: la poética aristotélica, el psicoanálisis y la sociología crítica. La primera la maneja al dedillo, gracias en parte a las lecciones de su maestro Usigli, que él enriqueciera después con sus propias lecturas y reflexiones. De modo que nos lleva de la mano, con paso seguro, por los antecedentes, las revelaciones, el nudo, la peripecia y la terrible escena climática. ¡Ay, la madre debe matar al hijo para salvarlo de lo que ella misma involuntariamente le ha heredado!

Y aquí es donde entra Argüelles al terreno que más disfruta, el de las motivaciones humanas. ¿Qué fuerza arrastró a la señora Alving a sembrar semejante desgracia? El señor Alving, por supuesto. La unión entre ellos representa los valores de la burguesía. Tras su cristiano matrimonio se esconden la promiscuidad, la sífilis, el incesto y la eutanasia.

Sin duda, Argüelles se identifica con la ferocidad de la crítica social presente en las obras de Ibsen. Él también, en su variada producción dramática, saca a la luz lo que se oculta en las casas decentes. Cada quien en su estilo, ambos dramaturgos se hermanan en la intención de crear un teatro que hable con verdad de los sucesos de su tiempo, de su cultura.

Pero la clase termina. El maestro Argüelles recoge sus libros y su figura se disuelve. No se imagina que en 2006, justo en el año de Ibsen, una alumna recordará la lección que ha dictado. ■



Guadalupe Rosas